Violencia social (un intento conceptual para el México actual)

Octavio Rodríguez Araujo

Mi interés en este trabajo no es conceptuar a la violencia. Adolfo Sánchez Vázquez, en *Filosofía de la praxis*, ha andado este camino mejor de lo que yo lo haría.

La violencia social, que es el tema que Sánchez Vázquez me ha pedido que desarrolle para este espacio, y que al principio me pareció que sería fácil, es un tema demasiado amplio que intentaré acotarlo, y ubicar tanto conceptualmente como en el presente de México. Los estudios que conozco sobre la violencia se refieren en general a la que ejerce el poder y a las reacciones que esa violencia provoca en sectores de la sociedad.[1] De esta violencia, en México y en el pasado, se han ocupado, entre muy pocos autores, Manuel López Gallo en su voluminoso ensayo con transcripciones y consultas de testimonios de primera mano sobre la violencia en México[2] y Orlando Ortiz en su antología de textos sobre el mismo tema desde antes de la conquista española hasta el 2 de octubre de 1968[3]. Sobre el presente contamos también con reportajes que revelan la violencia, la violencia del poder, que no es nuestro enfoque[4].

La violencia social, como la quiero entender aquí, **es deliberada** (como violencia) y **es producto de la praxis social hacia metas emancipadoras**; es decir, la violencia a la que en un momento dado recurren las clases dominadas o fracciones de éstas para su liberación y no sólo como respuesta a la coacción que ejercen sobre ellas el poder político y el económico. Se trata, por lo mismo, de una violencia que se da **al margen del Estado y de las clases o fracciones de clase en él representadas**.

Por lo tanto, excluyo de esta categoría otras formas de **violencia *desde* la sociedad**, también deliberada, como es el caso del terrorismo, la delincuencia individual u organizada y, desde luego, la violencia criminal como la producida por el narcotráfico, y que no tienen nada que ver como praxis social hacia metas emancipadoras.

Por razones distintas de las anteriores, excluyo también la violencia a la que eventualmente recurren organizaciones campesinas (invasiones de tierras, por ejemplo), obreras (huelgas que son impedidas por la autoridad laboral en connivencia con la patronal y mediante el uso de fuerzas represivas), movimientos urbano-populares, de vendedores ambulantes, de locatarios, taxistas, transportistas, etcétera. A estas formas de violencia preferiría llamarlas **violencia *en* la sociedad** como consecuencia de actos de autoridad por lo general arbitrarios o amparados en interpretaciones torcidas de las leyes. Por lo mismo, excluyo también la violencia ***en*** la sociedad que auspicia el poder político y económico, como es el caso de la violencia que priva en el norte de Chiapas y que han iniciado grupos de priístas armados como *Paz y justicia* y *Los Chinchulines*.

Una vez acotado el tema que nos ocupa, me permitiré establecer dos hipótesis: **La primera: la violencia social es, en primera instancia, resultado de la violencia ejercida**

---

[1] Entre estos estudios destaca el de Federico Engels sobre la política de sangre y hierro de Bismarck que en nuestro país fue publicada bajo el título *El papel de la violencia en la historia*, México, Hadise, 1971.
[2] López Gallo, Manuel, *La violencia en la historia de México*, México, Ediciones El Caballito, !976.
[3] Ortiz, Orlando, *La violencia en México* (Antología), México, Editorial Diógenes, 1971.
[4] Entre estos reportajes, quisiera destacar el de Ronquillo, Víctor, *La guerra oculta. Impunidad y violencia política*, México, Espasa-Calpe Mexicana (Colección Espasa-Hoy), 1996.

por las clases dominantes en o cobijadas por el poder. Con excepciones, como nos lo demuestra la historia, la sociedad (franjas de ésta, en realidad) no recurre a la violencia porque sí, sino como respuesta a años y a veces siglos de dominación o de limitaciones para su desarrollo.

La segunda hipótesis: la violencia social nunca es generalizada (de toda la sociedad o siquiera de mayorías de ésta), pero tampoco es la que llevan a cabo grupos de vanguardia sin apoyos significativos y relativamente permanentes de sectores, capas o clases sociales. Podría decirse que en ocasiones son factores subjetivos de grupos los que llaman a la violencia social, pero es mi convicción que si no existe un ambiente de rebelión o, al menos, una profunda inconformidad en la sociedad o en franjas de ésta, los grupos vanguardistas (con frecuencia movidos por razones subjetivas y voluntariosas) no logran mover a la sociedad o a sectores significativos de ésta en una dinámica de violencia, por muy incendiario que sea su discurso y por mucho que en ocasiones les asista la razón histórica.

La violencia social está asociada, como concepto y como realidad, a las revoluciones, a las rebeliones, a la insurrección y a la subversión de los pueblos. Pero debe enfatizarse que la violencia social, expresada en revoluciones, rebeliones, insurrecciones o subversiones, no significa la movilización de la sociedad en su conjunto sino que siempre, como también es posible comprobar históricamente, se trata de minorías activas (grandes minorías, si se prefiere) independientemente de su nivel de conciencia y de si existe o no una clara dirección del movimiento. El grado de conciencia y el tipo de dirección de un movimiento caracteriza, más que define, si éste se trata de subversión en términos de Gramsci o de una revolución, una rebelión o una insurrección. Lo "subversivo", para el autor italiano, significa "una posición negativa y no positiva de clase: el 'pueblo' siente que tiene enemigos y los individualiza sólo empíricamente en los llamados señores" [5]. Se odia al enemigo o a quien se confunde como enemigo por razones superficiales, como por ejemplo al funcionario y no al Estado que con frecuencia no se comprende en su significación. A diferencia de la subversión, las revoluciones, los movimientos insurreccionales y las rebeliones suelen requerir dirección, organización y una posición positiva de clase por el cambio. Esta posición positiva de clase no necesariamente significa que sólo una clase se mueva, pues es bien sabido que la pertenencia a una clase no es garantía de solidaridad y acuerpamiento con quienes se levantan en contra de una situación de dominación dada y, de la misma manera, es frecuente que miembros de una clase distinta a la que se moviliza se identifiquen con ésta y se sumen a la lucha o a la organización de la lucha.

Es por esto que la que aquí denominamos violencia social, aun tratándose de minorías activas y eventualmente organizadas, es aquella que cuenta con bases de apoyo directas o indirectas y no coaccionadas, es decir voluntarias y convencidas, suficientes para darles legitimidad propia a los movimientos revolucionarios, rebeldes o insurreccionales como tales.

Si bien la violencia social es resultado de la violencia ejercida por las clases dominantes en o cobijadas por el poder sobre amplias franjas de la sociedad, la violencia social, a su vez, provoca reacciones en la esfera del poder tanto económico como político; y quienes detentan el poder invariablemente buscarán la descalificación de la violencia social

[5] Gramsci, Antonio, *Pasado y presente*, Barcelona, Granica Editor (Colección Hombre y Sociedad), 1977, pp. 28-31.

apoyándose en las instituciones y leyes que ese mismo poder ha creado para protegerse y mantenerse.

Cuando la gente del poder y sus ideólogos se ven amenazados por la violencia social siempre han argumentado que se trata de minorías que atentan contra la nación, contra la unidad nacional y contra las instituciones "que acepta la sociedad en su conjunto", pero cuando ese mismo poder proviene de la violencia social de minorías (como es el caso del poder emanado de las diversas revoluciones desde 1789), siempre dirá que esa revolución fue **una**, un bloque en el que caben Danton y Robespierre o Zapata y Carranza, al mismo tiempo. Sólo el poder instituido, la derecha y los historiadores oficiales han querido ver a las revoluciones triunfantes como **un bloque**, es decir sin distinciones de las clases, facciones, grupos o partidos (en sentido amplio) que han participado en movimientos insurreccionales de diferentes magnitudes.[6]

Pero la violencia social, en sus diversas expresiones, no es un bloque, sino que suele manifestarse mediante un primer movimiento seguido por otros que, en la definición estratégica y de objetivos, pueden llegar incluso a luchar entre sí sin que esta circunstancia los descalifique, necesariamente, como legítimos en la lógica del derecho a la rebelión de los pueblos contra el poder que los oprime[7]. Otra cosa, que nunca debe pasarse por alto en el análisis, es el tipo de movimientos promovidos por el poder para dividir las luchas emancipadoras de la sociedad, o los movimientos que, incluso sin querer, le hacen el juego al poder por voluntarismos sectarios de aparente radicalidad, el izquierdismo como enfermedad infantil del comunismo de que hablaba Lenin.

La violencia social en el México actual

La mayoría de los movimientos sociales que se han expresado en el México contemporáneo (últimos 50 años) mediante diversas formas de violencia han consistido en autodenominadas vanguardias organizadas de obreros y/o campesinos, no precisamente ni todas formadas por éstos. Se les ha conocido como guerrillas urbanas, unas, y campesinas otras.

Entre las agrupaciones vanguardistas y clandestinas con vocación guerrillera que se organizaron después del frustrado asalto al cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua (el 23 de septiembre de 1965), y del movimiento estudiantil de 1968, las más conocidas fueron la Liga Comunista 23 de Septiembre, Partido de los Pobres, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Comando Urbano Lacandones, Movimiento de Acción Revolucionaria, Fuerzas de Liberación Nacional, Frente Urbano Zapatista, Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo y la Liga Comunista Espartaco.

---

[6] Una discusión en contra de esta concepción la he planteado ya en Rodríguez Araujo, Octavio, "La revolución no es un bloque", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, FCPyS, UNAM, año XXXVI, Nueva Época, julio-septiembre de 1990, número 141, pp. 159-168.

[7] Conviene recordar que la Declaración de los Derechos del Hombre de 1793, en su artículo 35, se refiere al derecho de insurrección de los pueblos, derecho sin el cual no hubiera existido la misma Revolución Francesa, ni la mexicana, ni ninguna otra.

Todos estos movimientos guerrilleros, sin excepción, fueron reprimidos total o parcialmente por las fuerzas gubernamentales tanto policiacas como militares[8]. En muchos casos no sabemos si hubieran logrado apoyos significativos de franjas de la sociedad de no haber sido perseguidos por los órganos de represión del poder. Sabemos, sí, que como movimientos guerrilleros hubo algunos con arraigo en pueblos enteros, como fueron los casos de los movimientos dirigidos por Rubén Jaramillo y, posteriormente, de los dirigidos por Genaro Vázquez Rojas y por Lucio Cabañas, pero ciertamente la mayoría no logró la inserción social de los nombrados.

Muchos de los dirigentes y militantes de esas organizaciones fueron aprehendidos o exiliados para después ser amnistiados por los gobiernos de Díaz Ordaz, Echeverría, López Portillo y Salinas de Gortari. Otros, más de 500, fueron desaparecidos, como lo ha documentado el grupo Eureka encabezado por Rosario Ibarra.

En su mayoría, estos grupos se plantearon la toma del poder y construir las bases para la construcción del socialismo.

La circunstancia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, del que todos conocimos al principio de 1994, es diferente. Aunque tuvo un núcleo original surgido en buena medida de una organización anterior de tipo guerrillero clandestino, su singularidad fue que, como Ejército, se formó con miembros de cientos de comunidades indígenas de Los Altos y de La Selva en Chiapas. En otros términos, surgió como un ejército indígena y, por lo mismo, con una amplia base de apoyo que guardó el secreto de su existencia y lo ha amparado y sostenido con los precarios recursos que tiene y a pesar del permanente hostigamiento militar, policiaco y de guardias blancas en la zona. Su dirección, también a diferencia de otros movimientos equivalentes, no es una vanguardia que haya ganado la confianza de segmentos sociales sino que se trató, desde que se constituyó como EZLN, de una autoridad existente, ratificada por los pueblos que bien podemos llamar zapatistas (puesto que hay algunos, entre ellos, que no lo son).

Hay indicios para pensar que a partir del Primer Congreso Nacional Indígena (1974) muchos pueblos se organizaron para protestar en contra de la muy antigua opresión en que han vivido. Pero aquellas protestas, cuando se manifestaron con violencia, correspondían más al concepto de *subversión* que al de revolución, rebelión o insurgencia y, en la mayoría de los casos, fueron respuestas a la represión, hostigamiento y saqueo de que fueron objeto por parte de los poderes económico y político asociados[9]. Sin embargo, como se demostró

---

[8] Los presidentes de la República que ordenaron la intervención del Ejército Nacional Mexicano contra estos movimientos guerrilleros y el de Rubén Jaramillo, fueron Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez; José López Portillo permitió la formación de un grupo paramilitar conocido como "Brigada Blanca" en el que participaron miembros del Ejército y que cumplió funciones de persecución de grupos guerrilleros. Con Salinas de Gortari hubo algunas incursiones militares contra guerrilleros y con Zedillo se ha dado la mayor militarización en el país en contra de éstos. Ruiz Cortines (antes de López Mateos) usó al Ejército en contra de los estudiantes de la Escuela Normal Superior y del Instituto Politécnico Nacional.

[9] Sobre la ola de represiones en Chiapas a partir de 1974, véase la entrevista de Antonio García de León con Braulio Peralta, en *La Jornada*, 7/1/94; de García de León, Antonio, "Chiapas: sólo el pasado es infinito", *La Jornada*, 12/1/94; Fernández Ortiz, Luis M., *et al*, "Ganadería, deforestación y conflictos agrarios en Chiapas", *Cuadernos Agrarios*, Nueva Época, año 4, núms. 8-9, México, 1994. Una síntesis de estos conflictos y represiones puede verse en Rodríguez Araujo, Octavio, "Espacio y determinaciones de la rebelión chiapaneca", *Estudios Políticos*, Cuarta época, núm. 5, México, FCPyS-UNAM, octubre-diciembre de 1994. Recientemente la Comisión de Concordia y Pacificación, por voz del senador priísta Salazar Mendiguchía,

años después, en algunos casos, como en los ahora conocidos pueblos zapatistas, la forma subversiva fue cambiada por la forma revolucionaria e insurgente al distinguir no sólo a los enemigos tradicionales y principales de los pueblos indios sino al trascenderse a sí mismos y buscar la participación de franjas sociales no indígenas e incluso no mexicanas y al ampliar sus demandas para incluir las necesidades insatisfechas de otras capas de población y de otras clases sociales.

Una característica singular del EZLN ha sido su insistencia en recurrir a la llamada sociedad civil (plural y diferenciada como es) para que sea ésta la que se organice y con su lucha, pacífica y civil, haga innecesaria la existencia del ejército indígena y el potencial uso de las armas de fuego. Dos han sido las iniciativas más importantes del EZLN sobre este punto: la convocatoria a la formación de la Convención Nacional Democrática y la convocatoria a la formación del Frente Zapatista de Liberación Nacional. La primera, fundada a principios de agosto de 1994, fracasó gracias a las posiciones sectarias y clasistas de buena parte de sus miembros (especialmente organizaciones sociales ya existentes), pero también gracias a quienes nos dijimos no sectarios (principalmente individuos) y que no fuimos capaces de organizarnos y sacarla adelante como una fuerza social y civil. Algún día se hará un adecuado balance de la CND. La segunda iniciativa, el FZLN, está en proceso y, por lo mismo, no sabemos cuál será su desenlace.

Con independencia de la CND y del FZLN, en más de 40 países se han constituido comités de apoyo y solidaridad a la lucha del EZLN, formados por miembros de la sociedad civil de esos países y que tienen actividad permanente y publicaciones tanto en revistas como en internet. Estos comités han participado ya en encuentros continentales (América y Europa), en el Primer Encuentro Intercontinental contra el Neoliberalismo y por la Humanidad y, próximamente, estarán presentes en el Segundo Encuentro que se llevará a cabo en España.

Ningún movimiento armado y clandestino mexicano ha tenido las repercusiones alcanzadas hasta ahora por el EZLN, ni siquiera otros movimientos que se han hecho presentes en los últimos meses, como por ejemplo el Ejército Popular Revolucionario (EPR). Se ha sugerido que una de las razones del éxito del EZLN es su discurso incluyente, que no aspira al poder, que ha enarbolado ideas consideradas novedosas, que ha replanteado estrategias de lucha, que ha reivindicado la pluralidad sin caer en el discurso de los posmodernistas y, desde luego, que sus demandas, sin cargas demagógicas, han tocado a millones de personas en el mundo y no sólo a la población de los países subdesarrollados. Por contraparte, los discursos de las viejas organizaciones guerrilleras y del actual del EPR, para seguir con el ejemplo, son semejantes, poco atractivos y se les considera gastados no sólo por su repetición por décadas sino por inoperantes cuando quienes los manejaron tuvieron el poder.

"La experiencia zapatista en un cuadro de democracia amplia, declaró en Chiapas el vicealcalde de Venecia, significa una propuesta creativa. Proporciona la fuerza para abrir espacios a las relaciones liberadas." y en otro momento de la entrevista que le hiciera

---

constató que en el norte de Chiapas la violencia "alcanza límites de brutalidad nunca vistos: asesinatos cometidos con una brutalidad inaudita, cuerpos mutilados, sin cabeza, sin brazos, sin manos; niños y mujeres entre ellos", *La Jornada*, 18/4/97. Estos asesinatos son atribuidos a los grupos paramilitares que actúan bajo la absoluta indiferencia del gobierno estatal, si no han sido auspiciados precisamente para desestabilizar la zona y crear un clima de terror entre la población mayoritariamente simpatizante del EZLN.

Bellinghausen, señaló que para la izquierda italiana y europea será liberador "superar la obsesión por el poder" y que "lucharía por una situación social más equilibrada, una distribución favorable a los menos fuertes, garantizaría espacios para componentes sociales que no suelen tenerlo y (que) lo tendrán menos en el futuro".[10]

La diferencia de los movimientos guerrilleros mexicanos (y también latinoamericanos) y el EZLN es que los primeros, casi sin excepción, se plantearon la toma del poder como precondición para llevar a cabo los objetivos de cambio que se propusieron (o proponen) sus organizaciones[11], mientras que el EZLN no aspira al poder ni a posiciones de poder sino a coadyuvar en la organización de la sociedad para que sea ésta la que defina su destino y no los sectores minoritarios que actualmente dominan al mundo.

Esta característica podría hacer semejantes al EZLN y a otros movimientos sociales de defensa de intereses de clase o de sector como, por ejemplo, asociaciones de campesinos o los movimientos urbano-populares que tampoco aspiran al poder, pero no es así, puesto que el EZLN surgió (y es) un ejército indígena ilegal y clandestino que ha declarado la guerra al gobierno y al ejército federal, y los otros movimientos son legales (aunque en ocasiones cometan ilícitos), no son clandestinos ni se presentan armados ante la opinión pública. En otras palabras, el EZLN representa un movimiento que **deliberadamente** se quiso ubicar en la violencia social como la hemos querido conceptuar, que tiene apoyos sociales importantes tanto en México como en el extranjero y que su objetivo de lucha es emancipador en contra de la formas de dominación necesarias para el capitalismo en su fase actual.

Una de las aparentes paradojas del EZLN como iniciador típico de la violencia social en el México reciente, es que no quiere la violencia como estrategia de lucha por sus objetivos, puesto que éstos incluyen a franjas importantes de la sociedad que, en general, no quieren una guerra. Los dirigentes del EZLN han dicho reiteradamente que se levantaron en armas porque de otra manera no eran escuchados y que mejor morir peleando que como víctimas pasivas de siglos de explotación, miseria y enfermedades. Fueron escuchados, más por la sociedad mexicana y de otros países que por el propio gobierno de México, pero su lucha ahora, mientras sean posibles otras formas de entendimiento, no es con las armas, no es con la violencia sino con argumentos que sólo el gobierno y sus pocos asesores e ideólogos se niegan a escuchar y entender.

Sin embargo la violencia, la del poder y la social, están ahí, especialmente la del poder que no ha cedido un ápice desde que se inició la guerra de contrainsurgencia con el gobierno de Zedillo. Las miles de demostraciones de inconformidad en la ciudad de México y en otras poblaciones del país, muchas de ellas reprimidas por las llamadas fuerzas del orden e institucionales, nos permiten suponer que la paz aparente que vive México está amarrada con hilos muy delgados, cuando no por un miedo más o menos generalizado,

---

[10] *La Jornada*, 18/4/97.

[11] Sobre las guerrillas en América Latina pueden consultarse: Gott, Richard, *Guerrilla Movements in Latin America*, Garden City-New York, Anchor Books-Doubleday , 1972 y Wickham-Crowley, Timothy P., *Guerrillas & Revolution in Latin America (A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956)*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1993. Sobre México, puede verse Maya Nava, Alfonso y Alejandro Jiménez (dir. y subdir. de la obra), *Los movimientos armados en México, 1917-1994*, México, El Universal, Tres tomos, 1994.

especialmente entre las clases medias y altas de la población, de que explote el país y la violencia social se amplíe.

Conclusión

La violencia social se expresa de muy diversas maneras, incluyendo la inseguridad pública. Cuando en un pueblo se lincha a un violador o a un asesino, se trata de violencia social. Cuando en la toma de tierras los campesinos se hacen justicia por propia mano hay violencia y ésta es social. Cuando los obreros responden a la policía o a otras fuerzas armadas en el marco de una huelga, también se trata de violencia social. Cuando en una manifestación en la calle los manifestantes queman vehículos o tiran piedras a la policía o contra comercios, estamos hablando también de violencia social. Pero la violencia social que nos interesa no es exactamente ésta ya que ocurre, ha ocurrido y ocurrirá siempre que los ánimos se caldean en sectores de población que no encuentran en las instituciones la mediación o la solución de conflictos motivados, generalmente, por ausencia de justicia y/o por un insuficiente estado de derecho que regule adecuadamente los conflictos entre particulares o entre éstos y el Estado. El estudio de esta violencia pertenece al campo de la sociología y de la sicología social, principalmente, puesto que no se trata de una violencia social que cuestione el poder y sus significados históricos, sino de violencia social contra manifestaciones de éste o meros actos de *subversivismo* como la forma más elemental de la protesta social con dosis de violencia.

La violencia social que me interesa, en el campo de la ciencia política, es la que no sólo es respuesta al poder económico y político sino que también es deliberada como praxis social positiva hacia metas de cambio y liberadoras de clases o de fracciones de clase suficientemente significativas. Es el derecho a la rebelión de los pueblos contra el poder instituido y ejercido no sólo a espalda de esos pueblos sino en contra de ellos. Es la violencia propia de la lucha por la emancipación de clases dominadas en contra de sus dominadores, aunque esta lucha a veces comience por manifestaciones de descontento de tipo subversivo --en la acepción que aquí se le ha dado.

A esta categoría de violencia social, como la he caracterizado, pertenecen las revoluciones, las rebeliones y los movimientos de insurgencia en los que, además, participan voluntariamente y como apoyos de diversos tipos (directos o indirectos) sectores significativos de la sociedad, suficientes como para hablar de violencia social y no de acciones voluntariosas de grupos más o menos aislados de la sociedad como ha sido el caso de la mayor parte de los movimientos guerrilleros en México y en otros países.

El EZLN, en la lógica de los presupuestos de este ensayo, sería un movimiento típico de violencia social, aunque paradójico por no querer más la violencia social --en su estrategia posterior a la tregua de mediados de enero de 1994--, sino como un último recurso en el caso de ser obligado a ella por la intransigencia del poder gubernamental y/o como respuesta a la guerra de contrainsurgencia que el gobierno ha llevado a cabo sistemáticamente en Chiapas.

Aunque el EZLN no aspira al poder ni a participar de éste incluso con cargos de elección popular, es obvio que está cuestionando no sólo el poder como un régimen que debe cambiar, sino a las políticas que lo caracterizan en el marco de lo que ha dado en llamarse neoliberalismo. Y es claro, asimismo, que si bien el EZLN no quiere el poder para

sí ni para sus dirigentes, sí hay propósitos evidentes de que el poder debe cambiar de manos, a las de auténticos representantes de los intereses mayoritarios de la sociedad. El planteamiento del EZLN por una mayor democracia en sentido no sólo jurídico ni político, por un cambio sustancial del régimen político mexicano, por demandas profundas de contenido social y económico y en contra del neoliberalismo, y la defensa de la nación y de la sociedad mayoritaria, es un programa de lucha que no descarta la posibilidad de formas de violencia social dados los enormes intereses que afectaría de llevarse a cabo. La lucha que propone el EZLN no será resuelta, a mi juicio, por la vía gradual que en los hechos plantean las élites políticas, incluidas las de los partidos de oposición, ya que los intereses creados no serán cedidos gratuitamente en favor de la sociedad mayoritaria cada vez más golpeada. En México, y en países semejantes, la dominación de la sociedad es de tal magnitud y las diferencias sociales tan grandes, que la disminución de éstas y la emancipación de los más sugiere una larga y quizá creciente violencia social. Sólo esperemos que, de darse ésta, tenga dirección política, pues de otra manera, de quedarse en el nivel del *subversivismo*, viviremos en un caos que a nadie conviene o, peor aún, en la generalización de la opción militar de control social que, según toda evidencia, es una tentación real del poder actual en México.